



Horas gratas

LOS VALLES

Yo quisiera hacer un elogio del valle. Del rincón de paisaje que vive al amparo de las montañas, tranquilamente, con la uniformidad igual y perseverante de la virtud callada.

No tiene como las cúspides y picos la resonancia de una imprecación, de una llama de tierra que rompe con la gravedad y la inercia, como obedeciendo a un impulso espiritual, a una marea provocada por el concurso de los astros que viven en comunidad de aspiraciones.

El valle es más sencillo, más íntima la limitación de sus espacios que se han hecho concavidad para recoger los ecos, las aguas, las miradas y agrupar el panorama en el regazo de sus faldas y lomas.

Lleno de armonía con el hombre como una conversación amistosa, cercana, que expresa lisa y profundamente las circunstancias y las categorías que presiden el fluir de la vida habitual.

El elogio del valle es su armonía con el hombre. Todo él encaja en su marco de naturaleza, mostrando las dosis convenientes de tierra y cielo, las distancias apropiadas a sus sentidos y a sus posibilidades de locomoción, como naturaleza hermana que promete lo asequible y se amolda al complejo humano.

El horizonte se presenta con el esfuerzo de los montes que ascienden cercanos; la mirada llega a ellos concretamente: al árbol, al caserío, a las heredades, caminos y sendas, que no desaparecen en la lejanía, sino que van llegando a su destino.

Panorama a la vista encerrado en la plenitud de sí mismo, como un nacimiento henchido de presencia multicolor, que en el espacio de horas—las que el sol tarda en recorrer el valle durante su jornada de trabajo—puede alcanzarse todo: colinas, montes, el bosque de hayas de las lomas, la ermita entre las peñas; dominar las alturas lejanas de las cumbres para romper el hermetismo del encierro habitual.

Y no hay secreto que no se alcance desde arriba, desde los lados, desde abajo, como en un círculo maravilloso de hermandad en que las voces llegan conocidas. La de Indalesio, Bartolo el de Otzanar, José Santu el de Basurde. Y se le ve al ca-

sero que viene de la feria al caer de la tarde, haciendo amistad con los bueyes que se paran a merendar la yerba del camino.



No tiene como las cúspides y picos la resonancia de una imprecación, de una llama de tierra que rompe con la gravedad y la inercia. (Unzilla'aitz).

terior de su pasillo oscuro. La vida de la flor, de la esmeralda, de los campos, de las mejillas jóvenes y los destellos del insecto, todo, como un gran arcano que comienza a incubarse, se desentendiende de la luz, desinteresa de la vida y va entrando en el plano del sueño del hombre.

Entonces tocan las campanas que van y vienen por el valle, llevando el *Angelus*, como en volandas, en notas graves de reposo que afianzan el silencio de la noche.

Para que los gallos vayan cantando y se respondan de un caserío a otro y los perros guardianes den sus voces de fidelidad.

Valles cordiales hechos para la gran libertad de los hombres de naturaleza

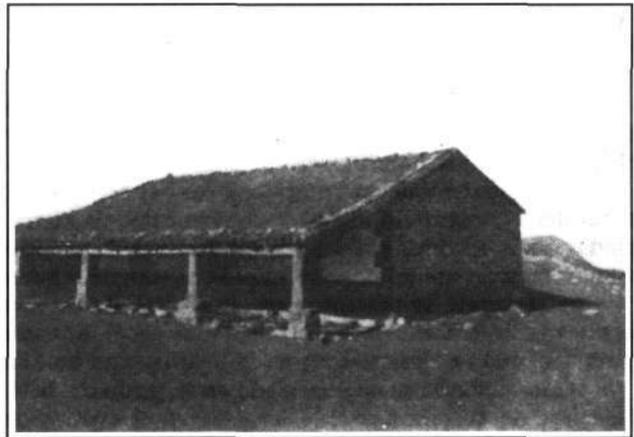
que viven en la limitación de su mundo con una claraboya de firmamento que enseña el misterio del más allá, discretamente, como una promesa natural y cercana.

¡Eup, Navarro! ¡Aida, Gorri!

¡Animo, chicos!, parece que les dice; que ya llegamos a la cuadra, antes de la oración, *pa* que durmáis en los helechos.

Y los bueyes levantan sus cabezas y le siguen.

¡La paz del valle!, se exclama. Sobre todo por las tardes, cuando las sombras van bajando, sin ruido de los montes, como en tiempos de Homero. Y comienza a llenarse todo de penumbra, como si los colores de la paleta estuvieran unidos a caracoles invisibles que retiran sus cuernos levemente al in-



... dominar las alturas de las cumbres lejanas para romper el hermetismo del encierro habitual. (Olz-Mendi).

Pasa también una inquietud por ellos, la de los ríos, con su cortejo de regatos como el alma del panorama, empujada por el destino a los países apartados y a los mares.

El valle entonces se abre a todo el mundo como el polen llevado por las corrientes de la brisa.

La contemplación del movimiento perenne insinúa la acción y la aventura. Y se desparraman sus hombres por todas partes, pasan los mares y llegan aún



¡La paz del valle!... Sobre todo por las tardes, cuando las sombras van bajando sin ruido de los montes, como en tiempos de Homero. (Elorrio).

más lejos que los marinos. A las pampas sin fin, a la espesura enmarañada, envueltos y protegidos por los imponderables del contorno que dejaron.

Concha de nácar irisada de recuerdos, calor de limitación, ecos lejanos contenidos.

Y el mal de ausencia, la nostalgia, el *splin* y la morriña encuentran un refugio, una canción de cuna que suena siempre alentadora como una voz que sostiene.

Paisaje amigo el de los valles, lleno de nombres, de episodios, de toponimia; tierra sagrada en que el bautismo alcanza a todos los seres inanimados: Mendiburu, Bidegane, Echevarría, Ibaizábal, Iturri Santi.

Montes, caminos, casas, ríos, fuentes. Las llanuras son los enemigos naturales de los montes.

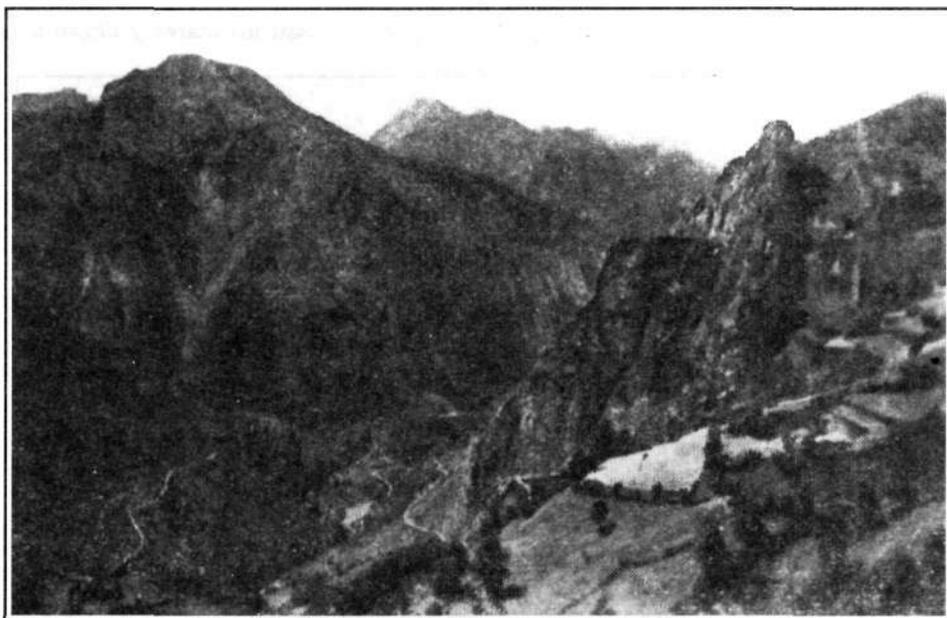
Por ellas han pasado los conquistadores con sus carros y las mesnadas de guerreros que arrasan y esclavizan.

Tierras gregarias, patrimonio común, legado de unos a otros; con el cielo grande lleno de estrellas que anegan el paisaje sin límites en un misticismo de lógica inhumana.

Arenas del desierto que dejan el corazón desamparado.

El hombre, solo en estos mares, no resiste el espacio y vaga siempre errante y nómada o se agrupa entre muros en los pueblos y en las ciudades.

El valle, en cambio, se opone por igual al merodeo y a la aglomeración humana.



¡Cantemos a nuestros valles!

Tierra de afincamiento: el caserío en la colina, junto a la fuente, al lado del regato, bajo el roble, fuera de los caminos en la altura.

Todos unidos por el paisaje común, la convivencia presentida, las calzadas y sendas que llevan a la iglesia, al pórtico de los días festivos que reúne y agrupa todo lo disperso en la semana.

Separados también por la distancia que incuba la libertad en la soledad

¡Cantemos a nuestros valles!

B. DE B.

(Fots. D. Arana).